

Mercedes Prieto y Luis Alfredo Briceño
compiladores

Etnohistoria: miradas conectadas y renovadas



© 2021 FLACSO Ecuador
Septiembre de 2021

Cuidado de la edición: Editorial FLACSO Ecuador

ISBN: 978-9978-67-581-6 (pdf) (FLACSO Ecuador)
<https://doi.org/10.46546/2021-21foro>

FLACSO Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro, Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 294 6800 Fax: (593-2) 294 6803
www.flacso.edu.ec

Ediciones Abya Yala
Av. 12 de Octubre N24-22 y Wilson, bloque A
Casilla: 17-12-719
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 250 6267 / (593-2) 3962800
editorial@abyayala.org.ec / ventas@abyayala.org.ec
www.abyayala.org.ec

Imagen de portada:
Eliana Ordoñez H., *El corazón de oro*,
fundición en cera perdida y vaciado en oro. Video, 2018.
Exposición Proyecto Waka, Arte Actual-FLACSO, 2018

Etnohistoria : miradas conectadas y renovadas / compilado por
Mercedes Prieto y Luis Alfredo Briceño. Quito-Ecuador :
FLACSO Ecuador : Ediciones Abya Yala, 2021

xiii, 520 páginas : ilustraciones, figuras, gráficos, tablas.-
(Serie Foro)

Incluye bibliografía

ISBN: 9789978675816 (pdf)
<https://doi.org/10.46546/2021-21foro>

ETNOHISTORIA ; ETNOLOGÍA ; HISTORIA ; CULTURA ;
COSTUMBRES Y TRADICIONES ; ECONOMÍA ;
COMERCIO ; FRONTERAS ; DOCTRINAS RELIGIOSAS ;
INDÍGENAS ; AMÉRICA LATINA. I. PRIETO, MERCEDES,
COMPILADORA II. BRICEÑO, LUIS ALFREDO,
COMPILADOR

302.30285 - CDD

Editorial  FLACSO
Ecuador



Índice de contenido

Agradecimientos	XI
Capítulo 1. Hitos en los estudios de la etnohistoria: una mirada desde los Andes	1
<i>Mercedes Prieto, Luis Alfredo Briceño y Abiud Fonseca</i>	
PRIMERA SECCIÓN	
ARCHIVOS Y CONEXIONES ETNOHISTÓRICAS	
<hr/>	
Capítulo 2. Cómo leer el archivo de Orlando Fals Borda: las huellas de la investigación-acción	46
<i>Joanne Rappaport</i>	
Capítulo 3. La etnohistoria surandina en el siglo XX a partir del Archivo del Curacazgo de Macha Alasaya (ACMA), provincia Chayanta Colquechaca, Norte de Potosí, Bolivia	65
<i>Tristan Platt</i>	
Capítulo 4. Fuentes orales andinas del Libro II de las Memorias <i>antiguas históricas y políticas del Perú</i>, de Fernando de Montesinos (circa 1644), llamado Manuscrito de Quito	99
<i>Frank Salomon</i>	
Capítulo 5. América, las Indias y el Pacífico en el siglo XVI.....	124
<i>Ricardo Padrón</i>	

SEGUNDA SECCIÓN
PAISAJE ÉTNICO E IMPERIO IBÉRICO

Capítulo 6. Mitos primordiales en los escritos de Huarochirí:
Chawpiñamca y *Cavillaca*. 158
Lorena Gouvêa de Araújo

Capítulo 7. La nobleza aborigen de Quito aborda España.
Genealogías cacicales en la temprana modernidad, 1580-1630 174
Hugo Burgos

Capítulo 8. Las cofradías mixtas del nororiente neogranadino,
un espacio de construcción de la otredad, 1650-1750 196
María del Pilar Monroy

TERCERA SECCIÓN
JUSTICIA Y GOBIERNO IMPERIAL EN NUEVA GRANADA Y QUITO

Capítulo 9. Las cacicas de la Audiencia de Quito ante
los tribunales de justicia, siglo XVIII 222
Paula Daza

Capítulo 10. Un pacto tributario caritativo: las respuestas
de los indios del norte de la gobernación de Popayán a los cambios
planteados por la Corona y sus agentes a finales del siglo XVIII 241
Héctor Cuevas Arenas

Capítulo 11. “La provincia del exilio y el destierro”. Respuestas a
las decisiones de justicia vinculadas al poblamiento español
en el Darién, 1768-1810. 258
Daniela Vásquez Pino

CUARTA SECCIÓN
ORDEN URBANO Y ALTERIDAD

Capítulo 12. El trabajo indígena en la república de españoles:
del desarraigo a la hispanización en el Nuevo Reino
de Granada, siglos XVI-XVII 279
Mauricio Alejandro Gómez Gómez

Capítulo 13. Quito: ciudad de “españoles e yndios”, siglo XVII 297
Carlos Ciriza-Mendivil

Capítulo 14. Comercio y abasto en la economía popular
de Quito: tránsitos, tratos y relaciones, siglos XVIII-XIX. 313
Mireya Salgado Gómez y Eduardo Kingman Garcés

QUINTA SECCIÓN

CONEXIONES FRONTERIZAS EN TIERRAS BAJAS

Capítulo 15. El territorio del Caquetá y la formación del estado
en las fronteras del Putumayo-Aguarico, 1845-1874 332
Camilo Mongua

Capítulo 16. Cotidianidad y ritual en el orfelinato de
San Antonio en La Guajira, 1933-1935 349
Misael Kuan Bahamón

Capítulo 17. Catequesis, civilización y la transformación
de las territorialidades indígenas en Brasil, siglo XIX. 364
Marta Amoroso

Capítulo 18. Memorias del pueblo siona sobre el período
extractivo en el Alto Putumayo. 381
Esther Jean Langdon

SEXTA SECCIÓN

CONVERSIÓN RELIGIOSA, RITUALES Y SUBJETIVIDADES

Capítulo 19. Intermediarios culturales, doctrina y lengua
quechua en Cochabamba, siglo XIX. 401
Fernando Garcés y Alber Quispe

Capítulo 20. Rituales andinos y católicos en las fiestas
del Señor del Árbol 417
Alexandra Martínez Flores

Capítulo 21. A propósito de la conversión. Misioneros, imágenes y transformación en la Alta Amazonía	439
<i>Julián García Labrador</i>	

SÉPTIMA SECCIÓN
OBJETOS Y ESCRITURA

Capítulo 22. La chicha sagrada de los inkas en las crónicas cusqueñas	458
<i>Felipe Vargas</i>	

Capítulo 23. El arte de los queros y las pinturas murales en las “iglesias de indios” en el Perú colonial, siglos XVI-XVIII.	471
<i>Manuel Lizárraga</i>	

Capítulo 24. Proyecto Waka y espiritualidad andina: un ejercicio de curaduría y proceso de investigación-creación en Ecuador	494
<i>María Fernanda Troya</i>	

Sobre la compiladora y el compilador	513
--	-----

Autoras y autores	514
-----------------------------	-----

NOTA DE LA EDITORIAL

En esta compilación encontrarán diversas grafías para un mismo término, por ejemplo, inca (también inga, ynga e inka). La Editorial ha respetado el uso particular que cada autor o autora hace de estos vocablos.

Ilustraciones

Figuras

Figura 3.1. El archivo en 2013.	67
Figura 3.2. El curaca don Agustín Carbajal, en 1971, de cuclillas y con su <i>ch'uspa</i> de coca.	68
Figura 3.3. Invitación de Fausto Reinaga, escritor indio, a Agustín Carbajal a una audiencia con el presidente Obando.	69
Figura 3.4. Pronunciamiento Campesino de Macha, 1963	77
Figura 3.5. Mapa vertical de Macha y Pocoata.	79
Figura 3.6. El patriclán Carbajal en 1971	80
Figura 3.7. Congreso Indigenal de mayo de 1945	81
Figura 3.8. Una mesa tributaria con <i>pillpintu</i> (billetes) e <i>incas</i> (pisapapeles de piedra)	81
Figura 3.9. Recibo por la contribución territorial del segundo semestre de 1937, Navidad	82
Figura 3.10. El curaca recaudador Gregorio Carbajal certifica al cobrador del cabildo Pichichua Timoteo Ramírez con lista de sus terrenos, septiembre de 1984.	86
Figura 3.11. Los ayllus y sus cabildos, con los números de comunarios y montos tributados por semestre, 1978	87
Figura 3.12. Nombramiento de Hilanco Mayor de los siete cabildos de Alacoyana a Carlos Llave	88
Figura 3.13. El “pacto de reciprocidad” entre los <i>ayllus</i> y el Estado . . .	89
Figura 3.14. Agustín Carbajal y Pedro Gómez calculan la primera contribución de 1937	91

Figura 3.15. Gregorio Carbajal	92
Figura 3.16. Primer Congreso de Lengua Quechua: informe de Estanislao Ari dictado con grafofonémica quechua	94
Figura 5.1. El mapa que “inventa” América	126
Figura 5.2. Detalle de la <i>Carta marina navigatoria Portvgallen navigationes</i>	127
Figura 5.3. <i>Carta Universal en que se contiene todo lo que del mundo se ha descubierto fasta agora</i> (Sevilla, 1529)	128
Figura 5.4. El Nuevo Mundo y Asia aparecen como un solo continente continuo en Oronce Finé, <i>Recens et integra orbis descriptio</i> , París, 1534-1536.	129
Figura 5.5. Detalle del mapamundi de Caspar Vopel, copiado por Alessandro Vavassore	130
Figura 5.6. Se trunca la geografía americana en el mapa de Diego Gutiérrez	132
Figura 5.7. El Nuevo Mundo de Sebastian Münster, originalmente publicado en 1538.	134
Figura 5.8. El Pacífico de Münster, detalle de su mapa de Asia.	136
Figura 5.9. Mapa del mundo de estilo macrobiano	140
Figura 5.10. Las partes del mundo como figuras alegóricas femeninas en la portada de Abraham Ortelius, <i>Theatrum Orbis Terrarum</i>	143
Figura 5.11. El mapa oficial de las Indias españolas de Antonio de Herrera y Tordesillas, <i>Descripcion de las Yndias Occidentales</i>	147
Figura 7.1. Teoría de Elman R. Service sobre la formación colonial de la población de Latinoamérica	175
Figura 7.2. Vida familiar en las parcialidades de Colta, Chimborazo y construcción del ferrocarril Quito-Guayaquil, 1901	178
Figura 7.3. Genealogía abreviada de Hierónimo Puento	185
Figura 7.4. Genealogía abreviada de Alonso Atahualpa	187
Figura 7.5. Imaginario de noble indígena de Quito en traje de español, con daga y espada	191
Figura 16.1. Zona de influencia del orfelinato de San Antonio	353
Figura 18.1. El universo fractal siona	384
Figura 18.2. Distribución actual de las lenguas tukano occidentales.	389
Figura 20.1. <i>Árbol de kishwar</i>	420

Figura 20.2. Imágenes del “Señor del Árbol” esculpidas en el tronco de kishwar	420
Figura 20.3. Banda de pueblo durante la procesión en Cuicuno, Cotopaxi.	424
Figura 20.4. Devotos tocando o colocando dinero a la imagen	426
Figura 20.5. Capariche el domingo, día de la misa campal, 2017.	427
Figura 20.6. Danzantes en la procesión en honor al Señor de Maca, 2018	430
Figura 20.7. <i>Mamaco y pingullero</i> presiden la procesión en honor al Señor de Maca, 2018	431
Figura 22.1. OTABA CALLE, PVCLLACOC VAMRA. La “octava calle” o grupo de edad	459
Figura 23.1. Influencia “mora” en espacios andinos coloniales	473
Figura 23.2. Basilisco bíblico en pintura mural	475
Figura 23.3. Basilisco medieval: monstruo e híbrido	477
Figura 23.4. Par de queros incas con <i>tocapus Tambo Toqo</i>	478
Figura 23.5. Dintel del Amaru Cancha, en Cuzco, con diseño esquemático serpentiforme	480
Figura 23.6. <i>Iglesia de indios</i> , Templo de San Pedro Apóstol de Andahuaylillas, Cuzco	481
Figura 23.7. <i>Uncus</i> incas decorados con <i>tocapus</i> cuadrados concéntricos <i>Tambo Toqo</i>	483
Figura 23.8. Detalle de basilisco en un <i>llimpiscaquero</i> del siglo XVII	485
Figura 23.9. Mujer con follaje vegetal en su mitad inferior, de clara inspiración grotesca, en pintura mural del Templo de San Pedro Apóstol de Andahuaylillas, en Cuzco	486
Figura 23.10. Amaru dragontino reconfigurado en quero de madera policromado del siglo XVII	487
Figura 23.11. “Centauro andino” sobre cabeza de otorongo desde donde sale un arco iris por su boca	488
Figura 24.1. <i>El corazón de oro</i>	494
Figura 24.2. <i>Lxs Enchaquiradx</i> s de <i>Engabao</i>	496
Figura 24.3. <i>El corazón de oro</i> . Video instalación	497
Figura 24.4. <i>RI RI RI RI RI RI</i> . Vasijas de piedra tallada con sistema sonoro (fragmento)	505

Figura 24.5. <i>RI RI RI RI RI RI</i> . Instalación + registro de acción ritual sonora	506
Figura 24.6. <i>Umawaka</i> (detalle). Sofía Ferrín. Instalación con libros y papel	508
Figura 24.7. <i>Lecturas, miradas y grafías</i> . Eduardo Kingman Garcés.	509
Figura 24.8. <i>Sinchi Wakañan, arte desde otro saber</i> . Caraguay	511

Tablas y gráficos

Tabla 1.1. Temas y localización de las ponencias presentadas al I Congreso Internacional de Etnohistoria, Buenos Aires, 1989	24
Tabla 1.2. Temas de las ponencias presentadas al X Congreso Internacional de Etnohistoria, Quito, 2018	25
Tabla 3.1. El primer período de la tributación bajo Agustín Carbajal, 1937-1954 (en bolivianos)	83
Tabla 18.1. Diferenciación étnica a principios del siglo XX, según las narrativas de los siona de Buenavista.	390
Gráfico 8.1. Sistema de cargos en las cofradías de la Natividad y del Rosario, 1650-1700	203
Gráfico 8.2. Sistema de cargos en las cofradías de la Natividad y del Rosario, 1700-1750	204

Capítulo 5

América, las Indias y el Pacífico en el siglo XVI

Ricardo Padrón

La carte est tout le contraire d'une illustration, elle
est structure fondatrice d'un savoir, elle dessine
les compartiments d'une taxonomie.
—Frank Lestringant

En la Biblioteca Lily de la Universidad de Indiana, en Estados Unidos, se encuentra un códice ilustrado que reúne diversos materiales sobre los países y pueblos del este y el sureste asiático, compilados por un editor desconocido que trabajó en Manila durante la última década del siglo XVI, probablemente a instancia del gobernador de esa colonia española. Conocido como el *Códice Boxer*, por Charles Boxer, el historiador de cuya colección forma parte, este libro consta de 306 folios en formato de cuartillas y 164 ilustraciones en color.¹ Incluye material sobre la historia y la geografía, tanto física como cultural, de lo que ahora conocemos como las Islas Marianas, Filipinas, Borneo, las Molucas, Sumatra, Siam, Nueva Guinea, Vietnam y Japón. A lo largo de los años ha servido como una fuente valiosa para la historia de estos países durante el período del primer encuentro con los imperios marítimos europeos, pero últimamente ha empezado a atraer la atención como un texto y un objeto material en sí, como un punto de contacto entre las culturas científicas de Europa y China, y como una contribución al discurso etnográfico

¹ El *Códice Boxer* se encuentra en línea, en <https://bit.ly/3vU92lB>

de la modernidad temprana (Rubiés y Ollé 2016, 259-309; Souza y Scott 2016). Cuando se lo estudia dentro de este último marco, se hace inevitable la comparación entre el *Códice Boxer* y las llamadas enciclopedias culturales producidas en el ámbito del colonialismo europeo en América, entre ellas los códices mesoamericanos.² Lejos de representar un objeto único, relevante solamente para el estudio del este y sudeste asiático, el *Códice Boxer* llega a formar parte de un corpus más amplio, cuyo campo de representación no son los países y pueblos del Mar del Sur de China, sino los de América.

A primera vista, parecería que se compara una pera con manzanas. ¿Qué tiene que ver un libro sobre culturas asiáticas con un corpus de textos sobre las culturas indígenas de América? El propósito de este ensayo es responder a esta pregunta, no por medio de una comparación de los *códices* mismos, sino mediante una revisión de los supuestos geográficos e ideológicos que condicionan la interrogante. La pregunta supone un mapa, el tipo de mapa al cual alude Frank Lestringant en el epígrafe de este ensayo, que sirve como punto de partida para el pensamiento y no como una mera ilustración. Me refiero a las distinciones que hacemos habitualmente y casi sin reflexión, entre América y Asia, entre americanos y asiáticos, distinciones que se han institucionalizado de un sinnúmero de maneras, una de ellas la referente a los estudios latinoamericanos y los asiáticos. Esta distinción no existía dentro del horizonte de expectativas en el cual se produjo el *Códice Boxer* o, mejor dicho, no ejercía la misma función. Cuando se escribió el *Códice Boxer*, la idea de que América representaba un continente separado y la americana, una rama de la familia humana diferente de la asiática, era todavía muy nueva. Además, esta idea competía con una tendencia –una añoranza, quizás– a mantener unidas o, al menos conectadas, a las dos partes del mundo, América y Asia, a entenderlas como dos partes de una entidad elástica y abarcadora llamada “las Indias”. Este ensayo traza la historia de esta tendencia, y de esa manera intenta dibujar un mapa del mundo dentro del cual tiene perfecto sentido considerar al *Códice Boxer* como parte del corpus de códices etnográficos americanos.

² Así se lo ha planteado Joan-Pau Rubiés en el congreso “Cultural Encyclopaedias: Defining a Genre and its Agency from a Transcultural Perspective”, organizado por el Centre for the Study of Manuscript Cultures de la Universidad de Hamburgo en octubre de 2018.



Figura 5.1. El mapa que “inventa” América. Martin Waldseemüller, *Universalis cosmographia secundum Ptholomaei traditionem et Americi Vespucii aliorum[m]que lustrationes* (Estrasburgo, 1507). Biblioteca del Congreso, Washington D.C.

Sabemos que Cristóbal Colón quedó convencido de que en sus cuatro viajes transatlánticos había llegado a las Indias descritas por Marco Polo, a pesar de que nunca logró encontrar ni siquiera indicios de las grandes ciudades del imperio del Gran Khan. Sabemos también que, desde muy pronto, otros dudaron de que las tierras descubiertas por el Almirante formaran parte de Asia o de las Indias polianas, y que se empezó a concebirlas primero como un “Nuevo Mundo” y luego como “América”, la cuarta parte del mundo, al par con las tres partes tradicionales de Europa, Asia y África (mapa 5.1).³

Sin embargo, se suele olvidar que, poco después de “inventar” a América, el cosmógrafo Martin Waldseemüller cambió de opinión. En 1516 sacó su *Carta marina*, en la cual la tierra que nosotros llamamos la Florida figura como “Terra de Cuba, Asie partis”, es decir que hizo de América del Norte una parte de Asia (figura 5.2). De esta manera, abandonó la innovación precoz de su mapa anterior por una teoría más conservadora, que preservaba la unidad geográfica del mundo. Ambas teorías, la de la insularidad americana y la de la continuidad amerasiática, para así llamarlas, encontraron adherentes entre los cosmógrafos de la época, pero a partir

³ Para la “invención” de América, véase Edmundo O’Gorman (1986) y Zerubavel (1992).



Figura 5.2. Detalle de la *Carta marina navigatoria Portugallen navigationes*, de Waldseemüller (Estrasburgo, 1516). Biblioteca del Congreso, Washington D.C.

de la década de 1520 fue la teoría de la continuidad amerasiática la que empezó a ganar terreno entre los cosmógrafos europeos. Según el historiador de cartografía Edward Stevenson, esta fue la hipótesis que figuró en la mayoría de los mapas y globos terráqueos producidos en Italia, Alemania y otros centros de producción cartográfica durante el segundo cuarto del siglo XVI (Stevenson 1921, 106-107).

La popularidad de la teoría de la continuidad amerasiática se puede entender como resultado de la primera circunnavegación del mundo y la conquista de México o, más bien, del impacto que tuvieron las noticias de estos dos eventos casi simultáneos sobre la imaginación europea. Se ha hablado también del “descubrimiento del Pacífico” por el portugués Fernando de Magallanes. Según Bourne, Morales Padrón, Morison, Parry, Spate y muchos otros historiadores de la exploración, el viaje de Magallanes comprobó que la distancia entre el Nuevo Mundo y las Islas Molucas era mucho mayor de lo que se había imaginado anteriormente, que entre los dos lugares se abría un océano tan enorme y vacío que hacía imposible seguir pensando que el Nuevo Mundo era parte de Asia (Bourne 1904, 132; Morales Padrón 1963, 168; Morison 1971, 2466; Parry 1974, 258; Spate

1979, 35). Aún más, si algún descubrimiento tuvo alguna vez un impacto incierto –para pedir prestada la frase de J. H. Elliott– fue el supuesto descubrimiento del Pacífico por Magallanes. Los mapas españoles que supuestamente lo registran estaban diseñados para minimizar la distancia transpacífica, a fin de que las codiciadas Islas de la Especería no pasaran al otro lado de la línea de demarcación entre lo que se consideraba territorio castellano y territorio portugués, según el Tratado de Tordesillas (figura 5.3).⁴ La historiadora Joyce Chaplin no vacila en llamarlos fraudulentos (Chaplin 2012, 40).

Aquellos mapas, además, eran cartas manuscritas que habían sido preparadas para servir como armas en una ofensiva diplomática castellana en la controversia sobre las Islas Molucas, y no se conocían fuera de los círculos de élite para los cuales estaban destinados. La mayoría de quienes estaban interesados en los descubrimientos hechos por Magallanes y sus naves se enteraron de ellos a través de la escritura, y los textos que tenían a su disposición correspondían al intento deliberado, por parte de la Corona española, de suprimir la realidad sobre la primera travesía del Océano Pacífico por embarcaciones europeas, para de esa manera controlar la impresión que se iba formando sobre

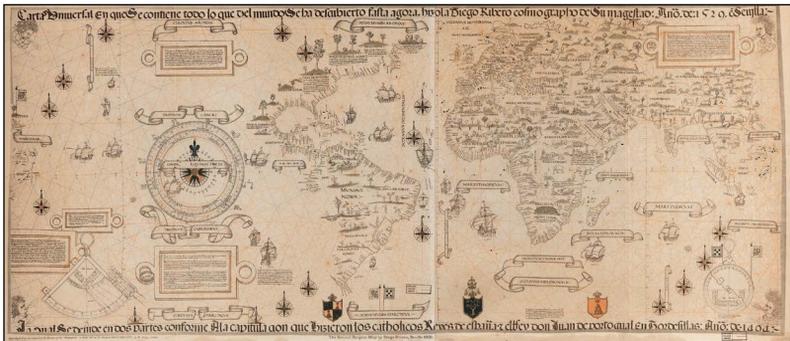


Figura 5.3. En este planisferio de la Casa de la Contratación en Sevilla se abre un espacio amplio entre el Nuevo Mundo y las Molucas. Copia de Diogo Ribiero, *Carta Universal en que se contiene todo lo que del mundo se ha descubierto fasta agora* (Sevilla, 1529). Biblioteca del Congreso, Washington D.C. El original se encuentra en la Biblioteca del Vaticano.

⁴ Se trata de los planisferios reproducidos por Luisa Martín-Merás (1992, 69-120) y estudiados por Antonio Sánchez (2013, 69-120).

las dimensiones de aquel mar (Padrón 2020).⁵ Cuando el cosmógrafo francés Oroncio Finé usó datos extraídos del relato de Antonio Pigafetta, para construir su mapa cordiforme del mundo, llegó a la conclusión de que el océano entre Sudamérica y Asia era relativamente estrecho, y que Norteamérica era parte de Asia (figura 5.4).⁶

Es posible que, al adoptar esta decisión, Finé también tomara en cuenta las noticias que habían llegado de México, al mismo tiempo que los primeros relatos de la circunnavegación de la Tierra por la nave *Victoria*



Figura 5.4. El Nuevo Mundo y Asia aparecen como un solo continente continuo en Oroncio Finé, *Recens et integra orbis descriptio* (París, 1534-1536). Biblioteca Nacional de Francia.

⁵ En este texto me refiero a los relatos de la expedición de Magallanes por Maximilianus Transylvanus, Pedro Mártir y Gonzalo Fernández de Oviedo; Pigafetta representa un caso aparte.

⁶ Pigafetta relata con franqueza brutal los sufrimientos de la expedición de Magallanes en su travesía oceánica, pero su texto se conocía solamente por la edición defectuosa de París (1525), que asignaba a ciertas longitudes valores que favorecían el caso español en la contienda sobre las Molucas (Pigafetta [1525] 1969).

un continente aparte. Al contrario, encontramos un Mar del Sur relativamente pequeño y totalmente acorralado por las costas de la *Terra australis incognita* en el sur, África en el oeste y Amerasia en el norte y este.

Esta tendencia de identificar a América del Norte como parte de Asia, y a México como un país fronterizo con Catayo, se manifiesta no solamente en mapas, sino también en la cultura material de la época. Según Elizabeth Horodowich y Alexander Nagel, los coleccionistas europeos de los siglos XVI y XVII no solían distinguir entre objetos americanos y asiáticos al catalogar sus colecciones, y no por una mera confusión o falta de conocimiento, tampoco porque trabajaran con base en un exotismo desinteresado en la verdadera procedencia de los objetos coleccionados, sino porque entendían el mundo a través de un mapa en el cual la idea de América todavía no había cuajado del todo. Entre los ejemplos que citan los dos estudiosos se encuentra el *Códice Cospi*, ahora en Boloña, que tiene fama por ser uno de los pocos libros americanos prehispánicos que ha llegado a nosotros. Hasta el año 1665, este códice de origen mixteca llevaba como título *Libro della China* (Horodowich y Nagel 2019, 287-291). Nos damos cuenta, entonces, de que la cuestión de la continuidad amerasiática no se limitaba al ámbito de la geografía física, como se indicó, sino que se extendía también a la geografía cultural. Si el Nuevo Mundo formaba parte de Asia, entonces sus habitantes eran asiáticos. No existía una rama americana de la familia humana, y no se reconocía que las culturas amerindias fueran algo realmente nuevo para el conocimiento europeo.

No se trataba de una fantasía de intelectuales europeos divorciados de las realidades geográficas que cada día se hacían más evidentes para muchos de sus contemporáneos, en particular aquellos que participaban de manera activa en la empresa colonial española. La evidencia cartográfica da lugar a creer esto, puesto que ninguno de los mapas del mundo o de América del siglo XVI y de conocido origen español que ha llegado a nosotros representa al Nuevo Mundo de la manera interesada que acabamos de ver; tampoco se encuentra a Amerasia en la cartografía italiana de probable derivación española.⁷ Hay que anotar, sin embargo,

⁷ Me refiero en el primer caso a la producción cartográfica de la Casa de la Contratación, que incluye el mapa de América por Diego Gutiérrez impreso en Flandes por Hieronymous Cocke en 1562. En el segundo caso me refiero sobre todo a la producción cartográfica de Giambattista Ramusio y Battista Agnese.

que tampoco suelen representar al Nuevo Mundo como un continente definitivamente separado de Asia. O truncan la geografía americana de tal manera que se evita del todo la cuestión de su relación geográfica con Asia, o dejan la zona que nos interesa en blanco, pero de ambas maneras se declaran agnósticos al respecto (figuras 5.3 y 5.6). En los mapas que dejan el espacio en blanco, el Mar del Sur queda menos definido que en los mapas de Finé, Vopel y sus semejantes, pero no por eso se debe creer que está empezando a aparecer el Océano Pacífico. Se trata del espacio



Figura 5.6. Se trunca la geografía americana en el mapa de Diego Gutiérrez, *Americae sive quartae orbis partis nova et exactissima descriptio* (Amberes, 1562). Biblioteca del Congreso, Washington D.C.

de lo desconocido, no del espacio oceánico, ni siquiera en potencia.⁸ La cosmografía de la época insistía en que la superficie de la Tierra tenía que constar de más tierra que agua –por razones demasiado técnicas para resumir en este lugar– y, por lo tanto, lo más probable es que el europeo del siglo XVI habría imaginado tierra en aquellos espacios donde sabemos que hay mar (Randles 2000).

La historia de la exploración española durante las décadas posteriores a la conquista de México (Tenochtitlán) sugiere, además, que en el mundo hispánico se solía imaginar la geografía de los nuevos descubrimientos, de la misma manera que en Francia y Alemania. En la Nueva España, por ejemplo, se imaginaba que Anahuac era la primera de varias sociedades avanzadas que estaban por descubrir y conquistar en lo que llamamos Norteamérica, y que podía existir una especie de cadena de países, por lo menos tan avanzados como México, que sería posible seguir hasta llegar al mundo de Marco Polo. Estas posibilidades estimularon las actividades de Hernán Cortés, Pedro de Alvarado, Marcos de Niza, Francisco de Coronado, Juan Rodríguez de Cabrillo, Antonio de Mendoza y otros, que salieron en pos de ciudades fantásticas en lo que es ahora el sudoeste estadounidense, o que trataron de seguir la costa de México y California hasta la misma China (Kelsey 1998; León-Portilla 2005; Flint 2013). Las quimeras que se perseguían –como la de las Siete Ciudades de Cíbola– se han identificado como versiones del mito netamente americano de El Dorado, pero la documentación muchas veces sugiere lo contrario.⁹ El principal cronista de la expedición de Coronado, por ejemplo, se refiere a Norteamérica como “la India Mayor”, y compara a los habitantes nativos con turcos y árabes.¹⁰ Cíbola, por lo tanto, no era un mito americano, sino un sitio más bien oriental, un eslabón entre las culturas igualmente asiáticas de China y México.¹¹ A

⁸ Steinberg (2001, 99-105) sostiene que el espacio en blanco no representa el océano en los mapas de la época. Carla Lois (2018, 37-108) estudia la representación cartográfica de lo desconocido en la época.

⁹ Jorge Magasich-Airola y Jean-Marc de Beer (2007, 69-70) abordaron la identificación de Cíbola con El Dorado.

¹⁰ Esta referencia se encuentra en “La relación de la jornada de Cíbola” narrada por Pedro de Castañeda de Nájera, elaborada en 1560 ([1596] 2005, 278-493). Fue editada por Richard Flint y Shirley Cushing Flint.

¹¹ Así lo caracterizan Hartmann y Flint (2003, 22).

pesar, entonces, de lo que se ha dicho del descubrimiento del Pacífico por Magallanes, y de las consecuencias de aquel descubrimiento para la imagen que se tenía de la geografía global, parece que en el mundo hispánico de las dos décadas posteriores al retorno de la nave *Victoria*, particularmente en la Nueva España, todavía no existía un Océano Pacífico. Existía más bien el Mar del Sur, una cuenca marítima de dimensiones más manejables, que no servía para dividir a América de Asia de manera física, ni para marcar una diferencia ontológica entre los dos.

Al mirar un poco más de cerca la representación cartográfica del Mar del Sur, sin embargo, se nos complica bastante el cuadro. Hasta el momento, se ha dado por sentado que para concebir al Nuevo Mundo como *pars Asiae* era necesario creer que formaba parte del continente asiático. Tan pronto se planteaba la posibilidad de que el Nuevo Mundo fuese una isla separada de Asia por el Mar del Sur, se le otorgaba también el estatus de cuarta parte del mundo, y se implicaba que sus



Figura 5.7. El Nuevo Mundo de Sebastian Münster, originalmente publicado en 1538. Esta copia ha sido sacada de Claudius Ptolemy, *Geographia uniuersalis, uetus et noua* (Basil, 1545). Renaissance Exploration Map Collection, Stanford University.

habitantes constituían una rama aparte de la familia humana, diferente de la europea, la africana y la asiática.¹² Resulta que las cosas eran un poco más complicadas.

Se destaca, por ejemplo, el caso de Sebastián Münster, un cosmógrafo suizo de relevancia continental por la enorme popularidad de su *Cosmografía* de 1544. Münster fue responsable de un mapa impreso del Nuevo Mundo que, según J. Brian Harley, consolidó el proceso de la invención de América iniciado por Waldseemüller treinta años antes. Harley lo llama “*one of the most widely read maps of America of its age*”, mientras el historiador Oskar Spate afirma que en el mapa de Münster “*the Americas are firmly seen for what they are, a ‘Novus Orbis’ between the two oceans*” (Harley 1990, 93; Spate 1979, 55). No queda claro, sin embargo, que Münster haya concebido el Nuevo Mundo de esta manera. Según la historiadora Surekha Davies (2011, 351-373), la *Cosmografía* divide el mundo en tres partes, no en cuatro, e incluye el material sobre el Nuevo Mundo y sus habitantes en la sección sobre las Indias asiáticas. Para Münster, la grandeza del Nuevo Mundo y su clara separación del continente asiático no servían para concederle estatus continental. Contaba como una isla más entre las muchísimas islas que se encontraban en el Mar Océano entre la costa de Asia y las Canarias. Sus habitantes no eran nada más que indios, o sea, habitantes de una parte nuevamente descubierta de las mismas Indias descritas por los grandes geógrafos grecolatinos y los viajeros de la Edad Media. Cuando empatamos la *Nova insulae nova tabula* con otro mapa elaborado por el mismo cosmógrafo, como sugiere Tomás Suárez (2004, 49) que deberíamos hacer, se hace fácil visualizar este sentido de continuidad asiática en la ausencia de la continuidad continental (figura 5.8).

Dentro del mundo hispánico, el ejemplo más claro de esta manera de concebir la geografía indiana se encuentra en la *Apologética historia sumaria* de Bartolomé de las Casas, escrita a mediados del siglo XVI, pero inédita en su época, aunque ampliamente copiada por Fray Jerónimo Ramón y Zamora en su historia monumental *Repúblicas del Mundo*, de 1575. Al final de la primera de las tres secciones en que Las Casas ([circa 1566] 1967, 1109) divide su texto, afirma que las Indias

¹² Este es el argumento de O’Gorman (1967, LXXVII).



Figura 5.8. El Pacífico de Münster se hace visible cuando empatamos su mapa del Nuevo Mundo con este detalle de su mapa de Asia. Ambos mapas están sacados de Claudius Ptolemy, *Geographia uniuersalis, uetus et noua* (Basil, 1545). Renaissance Exploration Map Collection, Stanford University.

de la Corona española son “parte y la postrera de las verdaderas Indias de cuya felicidad tantas maravillas escribieron los historiadores antiguos, la India digo *ultra* o *extra-Gangem*”. Según el único editor moderno de la *Apologética historia sumaria*, Edmundo O’Gorman, esta afirmación representa un retroceso en el pensamiento geográfico del fraile dominicano. Después de haber aceptado la tesis de la insularidad americana en su juventud, Las Casas ([circa 1566] 1967, 1163-1166) parece dar marcha atrás, en su vejez, al aceptar en su lugar la tesis de la continuidad amerasiática. Lo que ocurre es que O’Gorman no da suficiente peso al tremendo silencio que marca el argumento de Las Casas. El fraile insiste en que las Indias de la experiencia moderna son parte de las Indias de la tradición geográfica antigua, con base en ciertas semejanzas que se pueden observar entre las dos regiones, una de ellas la presencia de árboles enormes y de una multitud de naciones que hablan diferentes idiomas, que recuerdan las Indias de Plinio, Estrabón y Pomponio Mela. Jamás dice nada, sin embargo, sobre la cuestión que para O’Gorman representa la clave de todo el asunto: la relación geográfica entre las tierras nuevamente descubiertas y el continente asiático. Este silencio deja lugar para una serie de posibilidades geográficas, incluyendo la posibilidad

avanzada por Münster, cuya obra *Las Casas* conocía, en la cual el Nuevo Mundo se entiende como una isla separada de Asia, pero una isla a pesar de todo indiana.

El concepto de “las Indias”, entonces, se encuentra en el meollo de las preocupaciones de este artículo. Es bien sabido que en el ámbito hispánico se solía preferir este término a las posibles alternativas para hacer referencia a las tierras nuevamente descubiertas en el Mar Océano, como “el Nuevo Mundo” o “América”. La filología histórica nos da alguna idea de qué tan marcada era esta preferencia. En el *Corpus del Nuevo Diccionario Histórico del Español* —una base de datos armada por la Academia Española de la Lengua para servir a los propósitos de la lexicografía histórica— encontramos más de 6000 apariciones del término “las Indias” en textos de lengua española producidos entre 1500 y 1600 (aunque confieso que no me he tomado el trabajo de distinguir entre referencias a las Indias orientales y a las occidentales).¹³ Las alternativas, en cambio, ocurren con muchísima menos frecuencia. “Nuevo Mundo” aparece solamente 287 veces en el *Corpus* y “América” unas 55 veces solamente. Las ocurrencias del nombre “América” son, además de infrecuentes, iluminadoras. Las primeras aparecen de un pasaje de la *Historia de las Indias* en el que Las Casas explica cómo el nombre refleja la creencia, errónea según él, de que se debe atribuir el descubrimiento del Nuevo Mundo a Amerigo Vesputio y no a Cristóbal Colón, y que su uso es típico de mapas producidos en el extranjero. Las siguientes menciones son todas de una traducción española de la *Cosmografía* del humanista alemán Pedro Apiano, publicada por primera vez en Lands-hut, en 1524, luego editada y traducida múltiples veces. No es sino hasta 1572 que tenemos un ejemplo de un texto español que usa “América” para referirse a lo que otros llaman Tierra Firme de las Indias: es la *Historia de los Incas* de Pedro Sarmiento de Gamboa. ¿Cuál es la conclusión que sugiere esta pesquisa? Ya habíamos visto que América es un concepto que se acuñó fuera del mundo hispánico. Ahora empezamos a darnos cuenta de cuánto tiempo demoró el concepto en penetrar la imaginación geográfica hispana.

¹³ El *Corpus* se encuentra en línea, en <http://web.frl.es/CNDHE/>.

De hecho, el concepto se arraigó antes que el topónimo. En el mundo hispánico era perfectamente posible concebir las tierras nuevamente descubiertas en el Mar Océano, como un continente independiente y, por lo tanto, el hogar de una rama particular de la familia humana sin llamarlas “América”. Esto es precisamente lo que encontramos en la *Historia general de las Indias* de Francisco López de Gómara, publicada en 1552, justo cuando Las Casas estaba empezando a escribir la *Apologética historia sumaria*. Siguiendo, seguramente, el ejemplo de cosmógrafos europeos que nunca abandonaron la idea de América —como Pedro Apiano y Gerhard Mercator— Gómara explica que la tierra está dividida en tres islas grandes, el Viejo Mundo, el Nuevo Mundo y la Tierra Australis Incognita (López de Gómara [1552] 1979, 21). Además de quedar claramente separado de Asia, el Nuevo Mundo es para Gómara un lugar radicalmente diferente del viejo. El historiador insiste sobre esta diferencia en su prólogo al emperador Carlos V:

Se puede llamar nuevo por ser todas sus cosas diferentísimas de las del nuestro. Los animales en general, aunque son pocos en especie, son de otra manera; los peces del agua, las aves del aire, los árboles, frutas, hierbas y grano de la tierra, que no es pequeña consideración del Criador, siendo los elementos una misma cosa allá y acá. Empero los hombres son como nosotros, fuera del color, que de otra manera bestias y monstruos serían y no vendrían, como vienen, de Adán. Mas no tienen letras, ni moneda, ni bestias de carga; cosas principalísimas para la policía y vivienda del hombre; que ir desnudos, siendo la tierra caliente y falta de lana y lino, no es novedad. Y como no conocen al verdadero Dios y Señor, están en grandísimos pecados de idolatría, sacrificios de hombres vivos, comida de carne humana, habla con el diablo, sodomía, muchedumbre de mujeres y otros así (López de Gómara [1552] 1979, 7).

El Nuevo Mundo en Gómara es América, en todos los aspectos que más importan con la excepción del nombre. Como sus compatriotas, Gómara se refiere a las tierras nuevamente descubiertas como “las Indias” no como “América”, pero acaba convirtiendo aquel topónimo heredado de la antigüedad y la Edad Media en un sinónimo del otro acuñado por Waldseemüller y Ringmann en 1507.

No podemos hacer de Gómara, sin embargo, un representante de las actitudes prevalecientes en la España de mediados del siglo XVI. Aquella frase tan famosa con que empieza su prólogo, “La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crio, es el descubrimiento de Indias”, se cita constantemente como un ejemplo de la fascinación que ejercía el Nuevo Mundo sobre la imaginación española y europea. Creo que mejor se entiende como un grito agudo dirigido a un monarca que a duras penas atendía a sus nuevas posesiones en el Mar Océano, y quizás a una cultura más dispuesta a concebir a las Indias como una parte nuevamente descubierta del mismo mundo de siempre, o sea, una cultura que las concebía al estilo de Münster o Las Casas, como una extensión de las Indias asiáticas. No es que las Indias carecieran de interés. Al contrario, las conquistas de Cortés y Pizarro las habían convertido en un verdadero imán para todo tipo de gente que buscaba oportunidad, riqueza y avance social. Es que aún no se había generalizado la idea de concebir a esta zona aparentemente tan rica, tan disponible para los proyectos coloniales europeos, como América, y a sus habitantes como americanos. López de Gómara tenía que insistir en que las Indias eran un continente insular, un Nuevo Mundo, por que para muchos de sus lectores, todavía no lo era.

¿Qué significaba, entonces, “las Indias” para los españoles de la época? El historiador intelectual Nicolás Wey Gómez (2008) nos da una pista fundamental en su obra sobre el concepto de la zona tórrida en el pensamiento geográfico de Cristóbal Colón y en la tradición medieval de la cual se nutrió. La geografía medieval, nos recuerda Wey Gómez, no concebía el mundo exclusivamente en términos de lo que Martin Lewis y Karen Wigen (1997) han llamado “la arquitectura de los continentes”, sino también en términos de la teoría climática heredada de los griegos. Según esta teoría –que se encuentra ilustrada en la tradición cartográfica de los llamados *mapas macrobianos*–, el globo se dividía en cinco zonas, dos frías, dos templadas y una tórrida (mapa 5.9). Los griegos insistían en que solamente las zonas templadas eran habitables. Las frías y la tórrida, por contraste, no lo eran, a causa de su frío o su calor excesivo. Durante la Edad Media, argumenta Wey Gómez, la manera de entender la zona tórrida empezó a cambiar, gracias a ciertos desarrollos teóricos que encontraron respaldo en la experiencia de los

portugueses en sus viajes a lo largo de la costa africana. En la parte del mundo donde se esperaba encontrar lugares peligrosamente calientes, insufriblemente áridos, pobres en recursos naturales, y totalmente deshabitados, los portugueses hallaron lugares cálidos pero húmedos, ricos en oro y especies, y habitados por un sinnúmero de gente. De esta manera, la zona tórrida de los antiguos empezaba a metamorfosearse en la zona tropical de la modernidad.

Los habitantes inesperados de la zona tórrida se catalogaron según los estereotipos que se solían aplicar a personas sureñas. La misma teoría



Figura 5.9. Mapa del mundo de estilo macrobiano. Ambrosius Aurelius Theodosius Macrobius et al., *Macrobii Interpretatio In Somnium Scipionis a Cicerone Confictum...* editado por Nicolò Angeli (Venecia, 1521). Tracy W. McGregor Library of American History, University of Virginia.

climática que dividía el globo en zonas habitables e inhabitables también postulaba que los rayos del sol y los otros astros combinaban con condiciones climáticas locales para ejercer una fuerte impronta sobre la naturaleza de los lugares. Dado que la fuerza del sol variaba según la latitud, la naturaleza de un lugar dependía, en gran parte, de su distancia de la línea equinoccial. Los lugares fríos del septentrión producían personas con piel blanca, valientes, pero brutos, mientras los lugares calientes del sur producían personas con piel oscura, listas, pero pusilánimes. Solo los habitantes de zonas templadas combinaban la valentía y la inteligencia en la medida necesaria para el verdadero autodomínio. Solo ellos eran capaces de gobernarse a sí mismos, mientras los demás estaban destinados a ser gobernados. Entre ellos se encontraban los habitantes de la zona tórrida, la cual se había convertido en un espacio idóneo para el colonialismo europeo.

“Las Indias” de la tradición medieval, por lo tanto, no correspondían al continente asiático y no eran “orientales”. Se trataba más bien de aquellas partes de Asia, y a veces también de África, que quedaban hacia el este y el sur del Mediterráneo, entre los trópicos de Cáncer y Capricornio, incluyendo las islas y las partes relevantes de las masas continentales. Se asociaban con aquellas riquezas que se encontraban solamente donde el sol brillaba de verdad, como son el oro, las piedras preciosas y las especias, y también con comunidades humanas más primitivas, menos capaces de gobernarse a sí mismas, que las que solían hallarse en zonas más templadas. Se desconocían sus últimos límites. Aunque Marco Polo no sabía de ninguna isla más hacia el este que Zipangu, no quedaba excluida la posibilidad de que existieran otras tierras más allá del horizonte.

Es dentro de este marco que se tiene que entender el debate sobre la naturaleza de las tierras descubiertas en el Mar Océano a partir de 1492. Según ha demostrado Wey Gómez, cuando un escritor hispánico del siglo XVI, como Gonzalo Fernández de Oviedo, distingue entre “estas Indias” y “aquellas Indias”, o entre las Indias Occidentales y las Indias Orientales, está insistiendo en que las tierras nuevamente descubiertas no son idénticas a las descritas por la geografía grecolatina o por Marco Polo y otros viajeros medievales; pero no por eso deja de distinguir entre ambas Indias, por una parte, y las regiones de la zona templada, por

otra. Es decir que no por ser las Indias más de una deja ninguna de las dos de ser Indias. No dejan de ser tropicales (Wey Gómez 2013, 609-632). Es por esta razón, sugiero yo, que Juan López de Palacios Rubios podía argüir, en el año 1514, que las islas del Mar Océano descubiertas por Colón y por otros no eran parte de las Indias polianas, pero todavía podía insistir en la naturaleza de sus habitantes como esclavos naturales, o sea como habitantes del trópico por excelencia (López de Palacios Rubios [circa 1514]1954).

Este es el concepto de las Indias que llega a su culminación en Münster y Las Casas, y contra el cual despotrica Gómara en su *Historia general*, el avatar más claro de la tesis de la insularidad americana que había aparecido hasta entonces en la historiografía indiana española. Es un momento crucial, ya que Gómara no solamente aboga por una manera diferente de entender la geografía y la naturaleza de las Indias, sino también por un cambio más profundo de la manera en que se concebía la geografía global, tanto la física como la antropológica. De Wey Gómez aprendemos que entre los dos sistemas metageográficos que la imaginación medieval tenía a su disposición para mapear el mundo —la división del *orbis terrarum* en tres partes y la división del globo en cinco zonas climáticas—, el sistema zonal era el dominante. Este, al fin de cuentas, era el único de los dos que se extendía desde el principio al globo entero y el que podía dar cuenta de las diferencias observables entre diferentes grupos humanos. En un capítulo poco comentado llamado “Del color de los Indios”, Gómara ([1552] 1979, 309) pone la teoría climática en tela de juicio, observando lo siguiente:

Es también de considerar que [los seres humanos] son blancos en Sevilla, negros en el cabo de Buena Esperanza y castaños en el río de la Plata, estando en iguales grados de la Equinoccial; y que los hombres de África y de Asia que viven bajo la tórrida zona sean negros, y no lo sean los que viven debajo la misma zona en México, Yucatán, Cuauhtemallán, Nicaragua, Panamá, Santo Domingo, Paria, cabo de San Agustín, Lima, Quito y otras tierras del Perú que tocan en la misma Equinoccial.

Llega a la conclusión de que no se sabe por qué existen estas diferencias, o cómo llegaron a existir, y que todo es señal de la sabiduría y omnipotencia de Dios. Su piedad religiosa enmascara una verdadera crisis

intelectual, una crisis sobre el principal sistema explicativo de la variedad humana al nivel global. En su lugar, Gómara propone un sistema puramente descriptivo, la arquitectura de los continentes. “Del color de los Indios” sigue a otro capítulo poco comentado, “Del pan de los Indios”, en el cual el cronista observa que los europeos hacen su pan con trigo, los indios con maíz, los asiáticos con arroz y los africanos con arroz y cebada. De esta manera, Gómara anticipa la reorganización de la metageografía europea que se llevaría a cabo en la obra de Mercator y Ortelio, donde la arquitectura de los continentes, y no la teoría de las zonas climáticas, llega a dominar la imaginación geográfica.

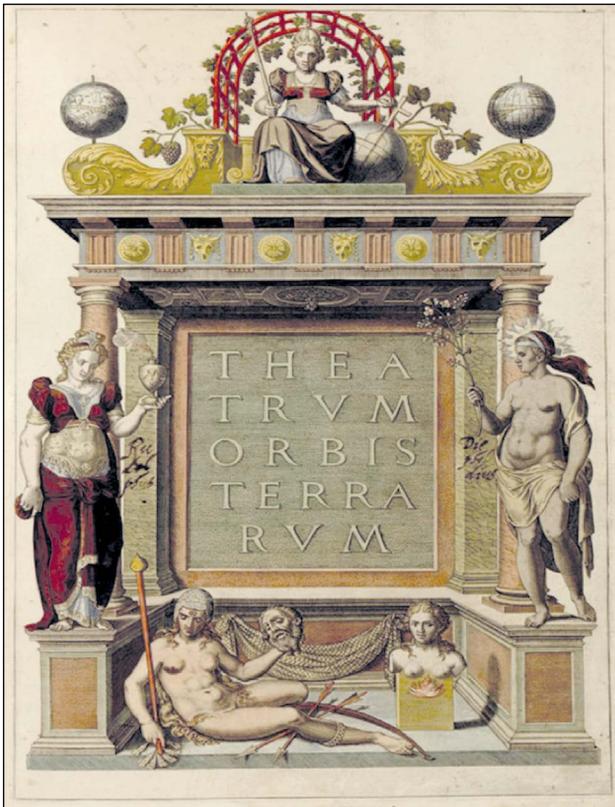


Figura 5.10. Las partes del mundo como figuras alegóricas femeninas en la portada de Abraham Ortelius, *Theatrum Orbis Terrarum* (Amberes, 1570). Biblioteca del Congreso, Washington D.C.

Este no es el lugar para tratar en detalle esta reorganización de la metageografía europea. Basta con observar que tenía algo que ver con la exploración española en Norteamérica y el Mar del Sur, aunque también se debía, probablemente, a ciertos problemas inherentes a la teoría climática. Por una parte, tenemos el fracaso de todos los esfuerzos españoles, organizados durante la década de 1530 y el principio de la siguiente, para descubrir civilizaciones avanzadas en América del Norte (Coronado), seguir la costa mexicana hasta China (Cortés, Cabrillo), y establecer una colonia en las islas del sudeste asiático (Villalobos). Según varios historiadores, fue gracias a esta serie de fracasos que la cultura europea por fin se dio cuenta de que América no era parte de Asia, sino un lugar completamente distinto, separado del continente asiático por la enormidad del Océano Pacífico. Lo que no había ocurrido cuando regresó la nave *Victoria* con noticias de la primera travesía del Pacífico por una flota europea, por fin ocurrió cuando Coronado retornó con noticias de los indios pueblo en lugar de Cíbola, y de manadas de bisontes en lugar de Quivira; cuando la flota de Cabrillo regresó con noticias de que la costa de California no giraba hacia el oeste, y cuando la colonia de Villalobos, en Filipinas, se desintegró bajo la influencia del clima tropical y la oposición de los portugueses (León-Portilla 2005, 193-194; Flint 2013, 154-155). De hecho, fue a partir de estas revelaciones que la cartografía europea empezó a abandonar la teoría de la continuidad continental entre el Nuevo Mundo y Asia, y a favorecer la tesis de la insularidad americana.

Sin embargo, hay ciertos límites a este nuevo “descubrimiento del Pacífico”. Primero, la teoría de la continuidad amerasiática no fue abandonada del todo. Seguía disfrutando de adherentes, particularmente entre eclesiásticos como Benito Arias Montano y José de Acosta, quienes veían en la continuidad física entre los continentes un componente indispensable de sus indagaciones sobre los posibles orígenes del amerindio (Arias Montano 1572; Acosta [1608] 2006). Segundo, algunos de los que aceptaban la idea de que el Nuevo Mundo era una isla separada de Asia por el Mar del Sur seguían creyendo que la distancia entre la tierra firme de Indias y el continente asiático no era tan grande como lo es en la realidad. Esta fue la opinión de Münster, quien parece haber escrito su *Cosmografía* y dibujado sus mapas en plena conciencia de la expedición de

Magallanes, aunque ignoraba los descubrimientos de Coronado, Cabrillo y Villalobos. En sus mapas vemos cómo la nave *Victoria* navega las aguas del “mar pacífico”, usando el nombre acuñado por Magallanes, pero la distancia entre el Nuevo Mundo y Asia sigue siendo breve, y el mar entre las dos masas terrestres queda atravesado por un archipiélago poliano capaz de incorporar al Nuevo Mundo entre sus islas (figura 5.8). Ese mapa de Münster demuestra que, así como el supuesto “descubrimiento del Pacífico” por Magallanes no se registró entre la mayoría de los cosmógrafos —quienes se apegaban a la teoría de la continuidad amerasiática— tampoco se registró entre la minoría que mantenía la teoría de la insularidad americana, postulada originalmente por Waldseemüller. Lo interesante es que tampoco figuró el nuevo “descubrimiento del Pacífico” de los años 1540 en el pensamiento de los adherentes a la tradición de Waldseemüller, o no en todos. Este es el caso de Gómara, quien escribe su *Historia general* en plena conciencia de los resultados desalentadores de las expediciones de los años 1540 y concibe las Indias como una cuarta parte del mundo insular, pero insiste en que el Mar del Sur es tan estrecho que las islas Molucas quedarían bien adentro del hemisferio castellano, aun si las líneas de demarcación se trasladaran hacia el este de sus posiciones actuales (López de Gómara [1552] 1979, 154). Esto quiere decir que entre la concepción que tenía Münster de la geografía indiana, en 1538, y la que tenía Gómara catorce años más tarde, no había ninguna diferencia significativa en cuanto a la geografía física, aunque sí respecto de la conceptualización metageográfica. Donde Münster veía una isla indiana, Gómara veía la cuarta parte del mundo, aunque ninguno de los dos se imaginaba un Océano Pacífico ancho y vacío entre las dos. El caso de Gómara demuestra, entonces, que no era necesario creer que el Pacífico representaba un océano ancho y casi infranqueable para participar en la invención de América como tal.

Hay que admitir que en Gómara tenemos un historiador sumamente patriótico, que no quería abandonar la esperanza de que España algún día gozara de las riquezas del comercio de la especería, pero también hay que reconocer que su visión del Mar del Sur, como una cuenca marítima relativamente estrecha y perfectamente navegable, respondía en cierta medida a la evidencia empírica. Es que la expedición de Villalobos no había mostrado que las islas del sudeste asiático quedaran más lejos de

lo que se había esperado, como sugieren varios historiadores, sino lo contrario (Kelsey 1998, 103-104; León-Portilla 2005, 193-194; Flint 2013, 154-155). La flota de Villalobos salió preparada para una travesía de varios meses, por lo cual no sufrió del hambre feroz que había afectado a Magallanes y sus hombres; tampoco sufrió las tormentas que azotaron a Loaysa en 1525 y a Saavedra en 1527. Aunque la colonia en Filipinas fracasó, la travesía del Mar del Sur había sido un éxito. Por lo tanto, uno de sus principales pilotos, Juan Pablo de Carrión, regresó convencido de aquel mar estrecho que otros decían, de que las islas quedaban dentro de la demarcación castellana y de que en la travesía de Villalobos se había descubierto una “navegación sabida, vista y tratada” hacia ellas (Carrión 1564, 130). Logró convencer a Felipe II de su opinión y consiguió un puesto como piloto en la expedición de Miguel López de Legazpi (1565-1566), que por fin estableció una colonia, precaria pero permanente, en las Filipinas. La poca cartografía española posterior a Legazpi que ha llegado a nosotros refleja las ideas generales de Carrión, y achica las dimensiones del Mar del Sur. De los 130° de longitud que Diogo Ribeiro pone entre Sudamérica e Indonesia, en 1529, bajamos a 110° de longitud en el mapa oficial de la demarcación española que acompaña a la historia oficial de las Indias por Antonio de Herrera que data de 1601 (Padrón 2008, 16) (figura 5.10).

Regresaremos a este mapa más adelante, pero por el momento cabe observar que la conceptualización de la tierra firme de Indias como la cuarta parte del mundo, como América, tenía muy poco que ver con la comprensión de las verdaderas dimensiones del Océano Pacífico. Es posible, además, que aquella invención respondiera, más a un problema de índole ideológica, que a cualquier descubrimiento empírico en concreto. ¿Por qué fue, al fin de cuentas, que un historiador tan evidentemente imperialista como Gómara encontró necesario abandonar la teoría de los climas a favor de la arquitectura de los continentes, como el mejor sistema para cartografiar la diferencia humana a escala global? No era solamente porque reconocía que la evidencia empírica discrepaba con la teoría de los climas, digo yo, sino también porque aquella teoría presentaba un grave inconveniente para el discurso imperialista. Según ella, los descendientes de los españoles que se arraigaban en las Indias llegarían, con el paso del tiempo, a sentir la influencia de sus estrellas, y

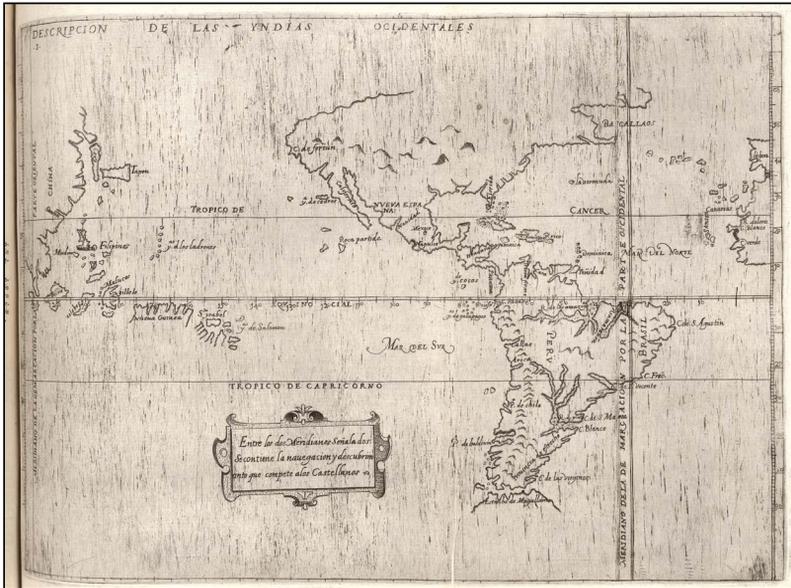


Figura 5.11. El mapa oficial de las Indias españolas de Antonio de Herrera y Tordesillas, *Descripcion de las Yndias Occidentales* (Madrid, 1601). Biblioteca John Carter Brown.

se irían asemejando a los habitantes nativos, perdiendo así las ventajas que les hacían capaces de gobernar. Veinticuatro años más tarde, cuando Juan López de Velasco trató de avanzar este argumento en la *Geografía y descripción de las Indias* que había elaborado para el Consejo de Indias, encontró el pasaje tachado por un censor oficial (López de Velasco [1574] 1894, 37-38). Durante el siglo siguiente, según Jorge Cañizares, la cultura criolla hispanoamericana respondió a la amenaza representada por la teoría de los climas a su estatus como clase gobernante, con una versión temprana de *a racialized modern view of the body*, de un cuerpo inmune a las influencias del clima, que heredaba sus características más importantes de sus padres (Cañizares Esguerra 1999, 33).¹⁴ El concepto de América, que traía consigo el concepto del indio americano como ser humano particularmente salvaje, pero desconectaba su salvajismo de la influencia climática, se puede entender como un ensayo temprano de aquel pensamiento racial.

¹⁴ María Elena Martínez (2008) elaboró un estudio más reciente sobre el desarrollo del racismo moderno en el contexto colonial hispánico.

Como producto de la necesidad ideológica, en vez de ser una simple respuesta a la evidencia de la experiencia, América no tenía que quedar lejos de Asia para ser reconocida como un lugar fundamentalmente diferente de ella. No había que imaginar al Mar del Sur como una barrera infranqueable, por su anchura, a la navegación europea para que aquella cuenca marítima funcionara como una frontera ontológica entre estas dos partes del mundo. Por lo tanto, tampoco era necesario, en el momento de reconocer la diferencia americana, abandonar el viejo sueño de extender el dominio español a las orillas opuestas del Mar del Sur. Este sueño de un imperio transpacífico, que había nutrido los esfuerzos de Magallanes, Loaysa, Cortés, Saavedra, Villalobos y tantos otros, se empezó a realizar cuando Legazpi estableció su colonia en Filipinas, y su compañero Andrés de Urdaneta descubrió la ruta de retorno a Nueva España, que era tan necesaria para asegurar el futuro de la colonia. Este éxito animó nuevos planes de conquista, incluyendo una serie de esquemas –planteados a lo largo de más que veinte años– que proponían convertir a China en una enorme colonia española mediante la acción militar (Ollé 2002). De nuevo se pensaba en términos de continuidad entre el Nuevo Mundo y Asia, pero ya no se trataba de subsumir las culturas americanas bajo las asiáticas, sino lo contrario. El Reino del Medio se convertía en una versión de Anahuac o Tawantinsuyo, en espera de su propio Cortés o Pizarro. Todos estos planes ubicaban a China en el occidente castellano, al otro lado de un Mar del Sur que había sido efectivamente conquistado por la navegación española, y que lejos de servir como una barrera a la proyección del poder imperial, servía como un medio para transportar hombres y material bélico a Manila, el presidio de un imperio transpacífico en construcción.

A pesar de que la Corona nunca tomó en serio a ninguna de estas propuestas militares, su cartografía oficial llegó a reflejar este concepto del imperio español como una entidad transpacífica. Lo encontramos plasmado en el mapa que apareció por primera vez en forma impresa en las *Décadas* de Herrera, al que ya se ha aludido (figura 5.11.). El mapa representa “las Indias Occidentales”, o sea las Indias españolas, como todo aquello que cae entre las líneas de demarcación establecidas por el Tratado de Tordesillas, pero la unidad territorial que forja no depende solamente de la coherencia externa impuesta por las líneas y los tratados

que las definen. El mapa imbuje al territorio imperial de coherencia interna también, y lo hace de por lo menos dos modos. Uno de ellos tiene que ver con una nueva manera de concebir la continuidad amerasiática.

En efecto, el Nuevo Mundo se representa como una isla de contorno incompletamente trazado a la cual el texto de Herrera se refiere como la “cuarta parte del mundo”, aunque rechaza el nombre “América” porque da crédito inmerecido por su descubrimiento a Amérigo Vespucci (Herrera y Tordesillas [1601] 1991, 1132-1333). Sin embargo, aunque tanto el mapa como el texto participan de la invención de América como tal, no la separan de Asia completamente, sino que sustituyen la vieja continuidad continental por una nueva continuidad marítima o, mejor dicho, una nueva versión de la continuidad transoceánica que vimos en Münster. El mapa de Herrera (figura 5.11.) pone solamente 110° de longitud entre Sudamérica y las Islas de la Especería, el texto insiste, repetidas veces, en que el Mar del Sur es perfectamente franqueable por la navegación española. Los relatos de las expediciones de Magallanes, Loaysa, Saavedra y Villalobos minimizan el significado de los percances sufridos; en una breve descripción de la ruta seguida por los galeones de Manila en su viaje desde Acapulco a Filipinas se insiste en que el mar, a pesar de su tamaño, no presenta obstáculo alguno.

Allí entre los Trópicos corre perpetuamente un [viento de] Levante tan firme y estable que por muchos días no tienen para qué los marineros tocar al timón ni a las velas, porque navegan por medio de aquel grandísimo piélago como si fuesen por una canal o por un apacible río, y por esto le llamó Hernando Magallanes Mar Pacífico (Herrera y Tordesillas [1601] 1991, 1585).

En el mapa de Herrera, se destacan los trópicos, junto con la línea equinoccial y guían el ojo del lector desde un lado hasta el otro del dominio transpacífico del imperio español. A la luz de la imaginación imperial, el Nuevo Mundo se convierte en lo que Herrera llama “las Indias del Mediodía” (Sudamérica) y “las Indias del Septentrión” (Norteamérica). El este y sudeste asiático, mientras tanto, se convierten en “las Indias de Poniente”, una extensión del imperio español en América al otro lado del Océano Pacífico (Herrera y Tordesillas [1601] 1991, 1133).

Sería un error, no obstante, pensar que aquella era la única función de los trópicos en esta nueva configuración geopolítica. El auge de los continentes como una metageografía global no dejó la teoría climática sin vigencia. No era capaz de hacerlo porque era puramente descriptivo, carecía de una lógica para explicar el cómo y el porqué de las muchas diferencias que se podían observar entre los grupos humanos, y seguiría careciendo de ella hasta que se desarrollara el racismo moderno. Para un lector de la época, entonces, los trópicos de Cáncer y Capricornio no solamente marcaban el espacio marítimo por el cual los galeones viajaban con tanta facilidad, sino también la zona climática donde la fuerza del sol, el calor y la humedad se combinaban para producir riquezas naturales de todo tipo, junto con seres humanos incapaces de gobernarse a sí mismos. Encontramos, así, la segunda forma de coherencia interna que el mapa de Herrera otorga a las Indias españolas, la existencia de las Indias como una región dentro de la zona tórrida. Aunque el mapa trata de continentes, participa en la invención de América y propone una analogía entre América y Asia como espacios españoles, el uno actual y el otro en potencia; también arrastra el viejo concepto de las Indias como una región tropical, e identifica a las islas del sudeste asiático en particular como un lugar disponible para la conquista y la colonización. Se supone que todos los habitantes de las Indias del Poniente se considerarían “indios”, pero a los habitantes de Filipinas, las Islas de los Ladrones, Nueva Guinea, las Molucas, Borneo y las Islas de Salomón habría que considerarles doblemente tales.

Estas son las personas que ocupan más o menos dos tercios de los pliegos del *Códice Boxer*. Son los indios de las Indias del Poniente, concebidos simultáneamente y quizás contradictoriamente como los equivalentes asiáticos de los indios americanos, habitantes nativos de la zona tropical del globo. En Filipinas se les sometió a los mismos abusos que caracterizaron a la institución de la encomienda en el Nuevo Mundo; disfrutaron también de su propio defensor dominico en la persona de Domingo de Salazar, obispo de Manila y exalumno de Francisco de Vitoria en la Universidad de Salamanca. En España, como ha demostrado Nancy van Deusen, eran tan indios como los indios del Nuevo Mundo. Su origen asiático o americano importaba más que nada porque indicaba si habían nacido bajo dominio español

o portugués y, por lo tanto, disfrutaban de diferentes derechos legales (Van Deusen 2015). Esta manera de pensar persistiría mucho más allá de la época que nos concierne en este ensayo. Aún durante el siglo XVIII, un misionero e historiador en Filipinas llamado Gaspar de San Agustín encontraría necesario explicar a un amigo español, por correspondencia, que los “indios asiáticos” diferían de los “indios americanos”.¹⁵ Lejos de presentar una serie de pueblos asiáticos claramente distintos de los pueblos nativos del Nuevo Mundo, el *Código Boxer* presenta a pueblos indios cuya diferencia de todo lo americano estaba recién empezándose a construir.

¿Cuáles son las implicaciones de todo esto? He tratado acerca de la imaginación geográfica europea durante su primera modernidad, pero creo que se pueden sacar conclusiones para las metageografías de la actualidad y la institucionalización de aquellas metageografías en las prácticas de la investigación histórica. En las últimas décadas hemos llegado a entender conceptos como el Oriente, el Occidente, Latinoamérica, Europa, África, etc., como construcciones ideológicas acuñadas para servir determinados fines, tanto intelectuales como políticos. Estos conceptos y otros parecidos, sin embargo, siguen ejerciendo su poder, sirviendo como la estructura básica del conocimiento humano —recordando la cita de Lestringant—, más que nada, quizás, en las humanidades y las ciencias sociales. Lo que pasa es que muchos de los mapas que funcionan como cimientos de las disciplinas son no solamente parciales, sino también anacrónicos. Son productos, por ejemplo, de los nacionalismos emergentes del siglo XIX, o de las obsesiones geopolíticas de la Guerra Fría. ¿Por qué es que las Filipinas no entran en el quehacer intelectual de los estudios latinoamericanos? Seguro que esta pregunta tiene muchas respuestas, pero una de ellas es que las islas Filipinas nunca llegaron a ser un estado independiente hispanoparlante, que tuviera algún interés en convertir su legado colonial en su literatura nacional temprana para, de esa manera, institucionalizarla, preservarla, y entregarla a futuras generaciones como objeto de estudio, como ocurrió en los países americanos. La producción cultural filipina durante los siglos

¹⁵ Gaspar de San Agustín OSA, “Carta que Fr. Gaspar de San Agustín, Religioso de la orden de Agustinos, escribió a un amigo suyo que desde España le preguntó el natural y genio de los Yndios naturales de Filipinas”, 8 de junio de 1720, Biblioteca Nacional de España, MSS/7861.

de dominio español ha quedado huérfana, ignorada tanto en los estudios asiáticos como en los latinoamericanos. ¿Qué pasaría si en vez de hablar de estudios coloniales latinoamericanos, habláramos de estudios coloniales indios? ¿Qué oportunidades se presentarían para el análisis comparativo, no solamente con Filipinas, sino también con el colonialismo en el contexto asiático portugués?

Es en este contexto amplio en que se escribió el *Códice Boxer* y dentro de él hay que entenderlo. El texto empieza con una descripción de las Islas de los Ladrones, la única escala en el viaje transpacífico desde Acapulco hasta Manila, y de esta manera confiesa sus orígenes en el proyecto colonial español que veía en Oriente su propio Occidente. El *Códice Boxer* recorre las islas Filipinas antes de pasar a Brunei, las Molucas, el Japón, Siam y la China participando, de esta manera, en la visión cartográfica tan ambiciosa de Velasco y Herrera, que entendían a todo el Oriente como territorio propiamente español. Se refiere a los habitantes nativos de las Filipinas como “indios” sin necesidad de explicar o justificar el uso del término y, así, da fe de la terca persistencia de la teoría climática en un momento histórico en que la arquitectura de los continentes todavía no ejercía una hegemonía completa. ¿Es este un libro sobre pueblos asiáticos? Por supuesto que sí, pero también es un libro sobre pueblos que se entendían como “indios”, y que por lo tanto sintieron la impronta del colonialismo europeo. En suma, el *Códice Boxer*, así como otros textos producidos en el contexto del imperialismo transpacífico, se tiene que entender bajo la luz comparativa.

Referencias

- Acosta, Joseph. (1608) 2006. *Historia natural y moral de las Indias*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Arias Montano, Benito. 1572. *Phaleg siue De gentium sedibus primis, orbisque terrae situ, liber*. Amberes: Christophorus Plantinus.
- Bourne, Edward Gaylord. 1904. *Spain in America, 1450-1580*. Nueva York: Harper & Brothers.

- Carrión, Juan Pablo de. 1564. “Documento 16: Relación que el capitán Juan Pablo de Carrión, almirante de la armada que va a las Islas del Poniente, hace al rey d. Felipe sobre la navegación que la dicha armada ha de llevar”. En *Los primeros de Filipinas: Crónicas de la conquista del Archipiélago de San Lázaro*, editado por Patricio Hidalgo Nuchera, 129-131. Madrid: Miraguano / Polifemo.
- Casas, Bartolomé de las. (circa 1566) 1967. *Apologética Historia Sumaria*. México D.F.: UNAM / Instituto de Investigaciones Históricas.
- Castañeda de Nájera, Pedro de. (1596) 2005. “The Relación de la Jornada de Cíbola, Pedro de Castañeda de Nájera’s Narrative, 1560s (Copy, 1596)”. En *Documents of the Coronado Expedition*, editado por Richard y Shirley Cushing Flint, 378-493. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Cañazares Esguerra, Jorge. 1999. “New World, New Stars: Patriotic Astrology and the Invention of Indian and Creole Bodies in Colonial Spanish America, 1600-1650”. *American Historical Review* 104 (1): 33.
- Chaplin, Joyce. 2012. *Round About the Earth: Circumnavigation from Magellan to Orbit*. Nueva York: Simon & Schuster.
- Davies, Surekha. 2011. “America and Amerindians in Sebastian Münster’s ‘Cosmographiae Universalis Libri VI’ (1550)”. *Renaissance Studies*, 25: 351-73.
- Flint, Richard. 2013. *No Settlement, No Conquest: A History of the Coronado Entrada*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Harley, Brian. 1990. *Maps and the Colombian Encounter*. Milwaukee: The Golda Meir Library, University of Wisconsin.
- Hartmann, William, y Richard Flint. 2003. “Before the Coronado Expedition: Who Knew What and When Did They Know It?”. En *The Coronado Expedition: From the Distance of 460 Years*, editado por Richard Flint y Shirley Flint, 20-41. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Herrera y Tordesillas, Antonio de. (1601) 1991. *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano, o, “Décadas”*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Horodowich, Elizabeth, y Alexander Nagel. 2019. “Amerasia: European Reflections of an Emergent World, 1492-ca. 1700”. *Journal of Early Modern History*, 23: 257-295.

- Kelsey, Harry. 1998. *Juan Rodríguez Cabrillo*. San Marino: Huntington Library.
- León-Portilla, Miguel. 2005. *Hernán Cortés y la Mar del Sur*. Madrid: Algaba.
- Lestringant, Frank. 1993. “La déclin d’un savoir: La crise de la cosmographie à fin de la Renaissance”. En *Ecrire le monde à la Renaissance: Quinze études sur Rabelais, Postel, Bodin et la littérature géographique*, 319-40. Caen: Editions du Paradigme.
- Lewis, Martin, y Karen Wigen. 1997. *The Myth of the Continents: A Critique of Metageography*. Berkeley: University of California Press.
- Lois, Carla. 2018. *Terrae incognitae: Modos de pensar y mapear geografías desconocidas*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- López de Gómara, Francisco. (1552) 1979. *Historia general de las indias y vida de Hernán Cortés*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- López de Palacios Rubios, Juan. (circa 1514) 1954. *De las islas del mar Océano*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- López de Velasco, Juan. (1574) 1894. *Geografía y descripción universal de las Indias*. Editado por Justo Zaragoza. Madrid: Real Academia de la Historia.
- Magasich-Airola, Jorge, y Jean-Marc de Beer. 2007. *America Magica: When Renaissance Europe Thought It Had Conquered Paradise*. Londres: Anthem Press.
- Martínez, María Elena. 2008. *Genealogical Fictions: Limpieza de Sangre, Religion, and Gender in Colonial Mexico*. Stanford: Stanford University Press.
- Martín-Merás, Luisa. 1992. *Cartografía marítima hispánica: La imagen de América*. Madrid: Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente.
- Morales Padrón, Francisco. 1963. *Historia del descubrimiento y conquista de América*. Madrid: Nacional.
- Morison, Samuel Eliot. 1971. *The European Discovery of America*. Nueva York: Oxford University Press.
- O’Gorman, Edmundo, ed. 1967. “Estudio Preliminar”. En Bartolomé de las Casas, *Apologética historia sumaria*, vol. 2. México D.F.: UNAM Instituto de Investigaciones Históricas.
- O’Gorman, Edmundo, ed. 1986. *La invención de América*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

- Ollé, Manuel. 2002. *La empresa de China: De la Armada Invencible al Galeón de Manila*. Barcelona: Acontilado.
- Padrón, Ricardo. 2008. "A Sea of Denial: The Early Modern Spanish Invention of the Pacific Rim". *Hispanic Review* 77 (1): 1-27.
- 2020. *The Indies of the Setting Sun: How Early Modern Spain Mapped the Far East as the Transpacific West*. Chicago: University of Chicago Press.
- Parry, John. 1974. *The Discovery of the Sea*. Nueva York: The Dial Press.
- Pigafetta, Antonio. (1525) 1969. *The Voyage of Magellan: The Journal of Antonio Pigafetta. A Translation by Paula Spurlin Paige from the Edition in the William L. Clements Library, University of Michigan, Ann Arbor*. Traducido por Paula Spurlin Paige. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Randles, William. 2000. "Classical Models of World Geography and Their Transformation Following the Discovery of America". En *Geography, Cartography and Nautical Science in the Renaissance: The Impact of the Great Discoveries*, 5-76. Aldershot: Ashgate Variorum.
- Rubiés, Joan-Pau, y Manel Ollé. 2016. "The Comparative History of a Genre: The Production and Circulation of Books on Travel and Ethnographies in Early Modern Europe and China". *Modern Asian Studies* 50 (1): 259-309.
- Sánchez, Antonio. 2013. *La espada, la cruz y el Padrón: soberanía, fe y representación cartográfica en el mundo ibérico bajo la Monarquía Hispánica, 1503-1598*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Shirley, Rodney. 2001. *Mapping of the World: Early Printed World Maps 1472-1700*. Riverside: Early World Press.
- Souza, George, y Jeffrey Scott, eds. 2016. *The Boxer Codex: Transcription and Translation of an Illustrated Late Sixteenth-Century Spanish Manuscript Concerning the Geography, Ethnography and History of the Pacific, South-East Asia and East Asia*. Leiden: Brill.
- Spate, Oskar. 1979. *The Spanish Lake*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Steinberg, Philip. 2001. *The Social Construction of the Ocean*. Nueva York: Cambridge University Press.

- Stevenson, Edward Luther. 1921. *Terrestrial and Celestial Globes Volume 1: Their History and Construction Including a Consideration of Their Value as Aids in the Study of Geography and Astronomy*. Nueva York: Hispanic Society of America.
- Suárez, Thomas. 2004. *Early Mapping of the Pacific: The Epic Story of Seafarers, Adventurers, and Cartographers Who Mapped the Earth's Greatest Ocean*. Singapur: Periplus.
- Van Deusen, Nancy. 2015. *Global Indios: The Indigenous Struggle for Justice in Sixteenth-Century Spain*. Durham: Duke University Press Books.
- Wey Gómez, Nicolás. 2008. *The Tropics of Empire: Why Columbus Sailed South to the Indies*. Cambridge: MIT Press.
- 2013. “Memorias de La Zona Tórrida: El Naturalismo Clásico y La ‘tropicalidad’ Americana. En El Sumario de La Natural Historia de Las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo (1526)”. *Revista de Indias* 73 (259): doi.org/10.3989/revindias.2013.20
- Zerubavel, Eviatar. 1992. *Terra Cognita: The Mental Discovery of America*. New Brunswick: Rutgers University Press.